

LECCIÓN 2.^a EL HOMBRE MODERNO FRENTE A LA MUERTE

«El hombre es, entre todas las criaturas, el único que sabe que va a morir —ha escrito Salvador Pániker—. Por esto es el único que "existe". "Existir" implica la autenticidad de no evadirse.»

Veamos sumariamente lo que respecto a la muerte nos brindan los sistemas filosóficos en boga.

1. Existencialismo

Con todos los «peros» que se quieran objetar al existencialismo, en esa «autenticidad» anteriormente aludida radica uno de los méritos de dicho sistema. El existencialismo ha planteado el problema de la muerte como uno de los más importantes —si no el más importante— de la vida, al reconocer la presencia constante de la muerte en la existencia humana. La muerte no es sólo la meta de un viaje o estación de término; es, sobre todo, nuestro perpetuo acompañante desde la cuna hasta la tumba. Y es que nuestro vivir de acá es también, siempre, morir un poco en cada instante. La muerte se convierte así en una realidad operante desde el interior de nosotros mismos. El existencialismo contempla al hombre como lanzado en la existencia y dirigiéndose a un término concebido como naufragio total, según la terminología de Heidegger en *Ser y Tiempo*. Por eso, la filosofía de Heidegger ha sido calificada como «Existencia trágica».

No basta con decir que la muerte es «natural» y que se da también en el resto de la Creación. La tragedia de la muerte humana estriba en que es una experiencia consciente, en la que todos tenemos que ser auténticos y no podemos soslayarla. Y de esa conciencia de estar en marcha hacia el «naufragio total» es de lo que nace la angustia y el sentido trágico de la vida (Unamuno). Literariamente es «la náusea», el sentimiento de la contingencia del mundo (Sartre).

2. Positivismo

No convence, pues, la moderna actitud positivista, cuando afirma que la «obsesión» existencialista por la muerte es un signo patológico, y cuando enseña que «la muerte no es un evento de la vida. No se vive la muerte». Esta afirmación es tan superficial como la que, al decir de Diógenes Laercio, profirió Epicuro en cierta ocasión: «La muerte no es nada con respecto a nosotros. Cuando existimos nosotros, la muerte todavía no existe; cuando la muerte existe, ya no existimos nosotros.» Por desgracia, la muerte es un compañero de viaje a perpetuidad. Como ya expresó Kierkegaard: «Lo terrible de la existencia es que vivimos para experimentar la muerte; aun sin morirnos del todo, vivimos la muerte cada día.»

3. Materialismo

Y tampoco convence la postura del materialismo dialéctico, que prohíbe hablar de la muerte y sólo consiente en hablar de la vida, como si fuese posible esta última sin considerar aquélla. Según este punto de vista, el miedo a la muerte habría sido un instrumento de alienación religiosa y, por tanto, un medio de explotación.

Tanto la postura positivista como la materialista, lejos de resolver el problema, lo disuelven, lo diluyen: en una palabra: escamotean la realidad. Paradójicamente, quienes más hablan de alienación —referida, sobre todo, a la experiencia religiosa— resultan ser los grandes alienados. Porque, como escribe también Pániker, «tampoco puede desligarse el tema de la muerte del tema de la vida».

Roger Meht lo ha expresado así: «Hablar de la vida humana, y del sentido de esta vida, es hablar de nuestra muerte. La muerte forma parte de la definición de nuestra existencia, no sólo porque ella constituye su límite, sino porque proyecta su sombra sobre la totalidad de nuestra vida. Tal es la verdadera situación del hombre. Se nos plantea, entonces, la cuestión: ¿Cómo puede vivir el hombre, ser dichoso, tener el sentimiento exultante de que es el dueño de su

propio destino, si sabe esa cosa absurda: que va a morir?»

4. El sentido trágico de la vida y de la muerte

Por otro lado, «la aserción científica de la necesidad natural de la muerte no hace más que esquivar el problema. El hombre, suele decirse, tiene que morir, siempre tiene que haber muerto, porque es un ser natural, sujeto a la ley natural y universal del nacimiento y de la muerte... Sin embargo, todo el fondo sobre el cual se apoya la doctrina bíblica nos enseña que el hombre no es simplemente un ser natural, sin otra perspectiva que la que aguarda a los seres meramente naturales. El hombre es un ser que en su misma constitución está dotado de una primacía sobre la naturaleza; está vinculado a Dios de manera tal, que aparece específicamente distinto de cualquier otro ser natural».⁴

Si la muerte pertenece a las realidades de la vida, hay que asumirla. ¿Cómo asumirla? El existencialismo, cuyo planteamiento del tema tiene valor de autenticidad y es ya un asumir el problema, aconseja la aceptación de la trágica trayectoria humana: estar dispuestos al naufragio total. Hay que superar la angustia, la náusea, de vernos abocados a la nada, al no-ser. Pero ¿es ello posible?

El existencialismo define muy bien los componentes del problema, pero no acierta en la solución. Dos ejemplos típicos de la desesperación existencial, lúcida —que no evade la realidad, como las alienaciones positivista y materialista—, que se enfrenta con la muerte, pero lo hace transida de impotencia, los tenemos en el periplo vital de Unamuno y de A. Camus.

Frente a la muerte, Unamuno propugna, no la aceptación. sino la rebelión;

Y vuelven los sensatos, los que no están a dejarse engañar, y nos machacan los oídos con el sonsonete de que no sirve entregarse a la locura y dar coces contra el agujón, pues lo que no puede ser es imposible. "Lo viril —dicen— es resignarse a la muerte, y pues no somos inmortales, no queremos serlo; sojuzguémonos a la razón sin acongojarnos por lo irremediable, entenebreciendo y entristeciendo la vida. Esa obsesión —añaden— es una enfermedad." ¡Enfermedad, locura, razón...! ¡El estribillo de siempre! Pues bien: ¡no! No me someto a la razón y me rebelo contra ella, y tiro a crear, en fuerza de fe, a mi Dios inmortalizador y a torcer con mi voluntad el curso de los astros.»⁵

Los llamados filósofos existencialistas cristianos demuestran que no es necesario luchar contra la razón, como suponía Unamuno que había que hacerlo —influido, sin duda, por los productos que en el mercado de las ideas se cotizaban alto en aquel entonces—; queda, no obstante, en estas líneas, grabada la rebeldía del gran escritor español frente a la postura de la aceptación de la muerte, y frente a la misma muerte: «Hagamos que la nada, si es que nos está reservada, sea una injusticia; peleemos contra el destino, y aun sin esperanza de victoria: peleemos contra él quijotescaamente.» ¿Por qué? Porque «hay que creer en esa otra vida para poder vivir ésta y soportarla y darle sentido y finalidad»⁶

He ahí el verdadero problema: la muerte afecta a la vida y la condiciona. Buena réplica la de Unamuno a los materialismos superficiales de toda laya. Tampoco Camus se resignó: «Si Sartre lleva razón, el Oúnico problema serio de la filosofía es el suicidio.» Comenta, atinadamente, estas palabras Luis María Ansón, uno de los entrevistados por J. M.^a Gironella: Si el ser es un ser para la nada, si el nihilismo es la verdad, si después de ta muerte no hay más aúa, ¿para qué seguir viviendo? ¿Por qué no el suicidio?»⁷

Camus lleva razón: «si la ultima realidad es el no-ser, entonces el problema fundamental de la filosofía —y yo añadiría, de toda persona— no es el de la vida, sino el del suicidio. ¿Vale la

pena seguir viviendo? ¿No será preferible la muerte?... Sartre mismo ha escrito que la muerte puede convertirse también en una oportunidad para manifestar la propia libertad, si bien cabe preguntar qué sentido puede tener ya dicha «libertad» en el ámbito del más puro nihilismo.

Vivir es estar muriendo conscientemente; ¿por qué no acelerar el proceso? Esta es la angustia que surge de la aceptación consecuente del existencialismo ateo o agnóstico.

Esta actitud, digámoslo una vez más, libera de superficialidad a la vida. Por eso mismo, la conduce o bien a la desesperación o bien a la salvación que sólo la Revelación cristiana ofrece.

Es, por lo tanto, más seria que la opción positivista, para la que la muerte es la nada, una nada que nadie puede experimentar. Es también más clarividente que la opción materialista, para la que la muerte es aquello de lo que nadie debe hablar. El existencialista supera ambas alienaciones, pero si no desemboca en la aceptación del mensaje revelado, vive atormentado por la náusea del absurdo y el no-ser.

Además, incluso Epicuro —scon más perspicacia que algunos de sus modernos discípulos», según el decir de H. Lovell Cocks— observó que lo que el hombre teme no es el hecho de que la muerte signifique «aniquilación, sino todo lo contrario: el hecho de que no signifique esto».⁸

CUESTIONARIO:

1. ¿En qué sentido podemos decir que el hombre es el único ser que existe? — 2. ¿Cuál es el principal mérito del existencialismo? — 3. ¿En qué estriba la tragedia de la muerte humana? — 4. ¿Es un signo patológico la obsesión por la muerte, como afirma el positivismo? — 5. ¿Cuál es la postura del materialismo dialéctico en relación con la muerte? — 6. ¿En qué sentido forma la muerte parte de nuestra existencia? — 7. ¿Es la muerte algo «natural» al hombre? — 8. El sentido trágico de la muerte en Unamuno, en Camus y en Sartre. — 9. ¿De qué forma, y por qué motivo, puede la angustia existencial desembocar en la aceptación del mensaje revelado?

Notas:

4. James Deimey. *Studies w Throloft*, p. 98 Qos subrayados son mrestroa).
5. *Del sentimiento trágico de la vida* (Madrid. Espasa-Calpe. (1971). p. 45
6. O. c.
7. *En 100 españoles y Dios*, p. 50.
8. *En By Faith Alone*.